

Cien días de felicidad

Fausto Brizzi



FAUSTO BRIZZI

CIEN DÍAS DE FELICIDAD

Traducción de
Maribel Campmany

Resumen de los capítulos anteriores

Llegados a este punto, es necesario dar un pequeño paso atrás, o sea, realizar una breve recapitulación de mi existencia hasta hace unos meses; de lo contrario, será difícil entender lo que pasa, sería como si vierais la sexta temporada de *Lost*.

Intentaré no ser demasiado aburrido: primero os contaré los principales acontecimientos de mi vida, después os presentaré a los personajes, y al final me concederé, si me lo permitís, algún comentario y consideración sueltos, así enseguida llegaremos al grano, es decir, al día en que el amigo Fritz hizo toc-toc en mi puerta.

Me llamo Lucio, que, en la lista de éxitos de los nombres feos, se sitúa en el séptimo puesto después de Pino, Rocco, Furio, Ruggero, Gino y el insuperable Genaro. Mi madre era una fan del buen Battisti, que en aquellos años entonaba *La canzone del sole* desde los tocadiscos, y de ahí surgió mi autógrafo para toda la vida: Lucio Battistini. ¿Lo pilláis? Pues sí, porque aquí está la verdadera ironía, en el apellido de mi padre: ¡Battistini! ¿Veis ahora por qué mi vida siempre ha sido cuesta arriba? Imaginaos a un chiquillo de los años setenta, rechoncho y lleno de granos, con gafotas de cegato, que se llama casi igual que el cantautor más famoso de Italia... Confesadlo: vosotros también os habríais cachondeado de mí.

Lo admito, estaba acomplejado, era infeliz y un pupas. Hoy, de manera más sintética y casi afectuosa, me llamarían pringado. Lo

tenía todo para ahuyentar a las chicas, como si fuera el propagador de la peste que sale en la novela de Manzoni, incluida la pasión por los tebeos, las películas gore y las canciones de cantautores suicidas. Sólo tenía dos alternativas válidas en la vida: o me convertía en un genio de los ordenadores, ideaba un sistema operativo en un garaje y ganaba millones de dólares, o bien entraba en un supermercado con una escopeta y provocaba una carnicería. Al enterarse, todos mis vecinos, familiares y amigos, habrían comentado sin inmutarse: «¡Un poco raro sí que eral!».

Sin embargo, descubrí una tercera vía y, del patito feo que era, me convertí en un cisne. No en un supercisne de cuento, sino en un cisne normalito, bastante aceptable. A los catorce años adelgacé veinte kilos, gracias en gran parte a mis impetuosas hormonas, y me puse lentes de contacto (elaboradas, nadie lo sabe, por un hurraño oculista alemán, un tal Adolf Gaston Eugen Fick, un genio absoluto del siglo xx, pero inventadas —nada menos que cuatrocientos años antes— por su majestad Leonardo da Vinci). Tres años más tarde, todavía sin alcanzar la mayoría de edad, me convertí en el jugador italiano más joven en ganar la Liga de Primera División de waterpolo, que no es ninguna tontería. Lo cierto es que sólo era el segundo portero y casi siempre calentaba banquillo en albornoz, pero ese año jugué algún ratito en dos partidos, incluso paré un penalti, de modo que el título es merecido.

La natación siempre fue mi pasión; me gustaba sobre todo la especialidad de «mariposa», a la que de pequeños todos llamábamos «delfín» a causa de un innato sentido de la lógica, ya que las mariposas no nadan. Nunca fui un fuera de serie por el conflicto de intereses que existía con mi otro y correspondido amor: el pan con mantequilla y mermelada. 110 calorías de una rebanada de pan más 75 de mantequilla y 80 de mermelada: total, 265 calorías. Una lucha desigual.

Con esfuerzo me vi dotado de unos abdominales de tableta de chocolate durante diez años; después, hacia los veintiséis, abando-

né la competición por culpa de un accidente en Vespa que me destrozó el ligamento de la rodilla y provocó inexorablemente que perdiera la línea. Según mi antipática báscula recuperé los veinte kilos perdidos en la adolescencia y puede que alguno más. Me convertí en un Chewbacca de metro noventa y ciento diez kilos. Así que no hagáis que me ponga nervioso y seguid leyendo.

Bachillerato de letras, waterpolo, diplomatura en el Instituto Superior de Educación Física, ISEF para los amigos. A los veintiocho años encuentro un trabajo fijo en un gimnasio. No un gimnasio reluciente y perfecto como los de las películas de John Travolta, sino uno de barrio, encajonado en el sótano de un deprimente complejo de edificios de los años cincuenta. Dentro, incluso tiene una pequeña piscina con losetas de un azul descolorido que sueñan con volver a nacer y encontrarse pegadas en la *pool infinity* de un resort caribeño. Soy monitor —música triunfal, gracias— de natación, aeróbic, GAP (que sería «glúteos, abdominales y piernas») y, principalmente, de *aquagym*. A veces también hago de entrenador personal, si alguien me lo pide, por lo general desesperadas amas de casa de talla grande que no se rinden a la liposucción. Total, intento ganarme el pan con las manos, que huelen perpetuamente a cloro. A propósito, ¿sabéis que el olor a cloro —que todos reconocemos perfectamente desde pequeños— procede de la combinación química del propio cloro con la orina de los bañistas? Cuanto más olor notéis, menos deberíais sumergiros en la piscina. Después no digáis que no os he avisado.

En resumen, yo, que soñaba con ser capitán de la selección nacional, conocida como el Settebello, y con ver colgada la medalla olímpica en mi pecho mientras sonaba el himno de Mameli a todo volumen y se me ponía la piel de gallina, tenía que resignarme al trabajo que la vida había elegido para mí. Seis horas al día en un gimnasio soterrado donde el olor del esfuerzo se confunde mági-

camente con el del restaurante vietnamita de al lado. Sin embargo, en el tiempo libre he conseguido hacer realidad mi pequeño sueño: entrenar a un equipillo de waterpolo. De chicos entre los catorce y los quince años, la peor edad. Los he seleccionado en el instituto donde enseña mi mujer y los entreno en una piscina municipal un par de tardes a la semana, con resultados, la verdad, bastante decepcionantes. El año pasado, a pesar del empeño que pusimos, nos marcaron muchos goles. En la Liga provincial de nuestra categoría quedamos en un brillante penúltimo puesto; por suerte, no se puede retroceder porque no existe una categoría inferior. Este año, sin embargo, nos movemos por la mitad de la tabla, sin pena ni gloria. Pero no puedo quejarme; enseñar a los chicos el amor por el deporte es lo más bonito del mundo.

Ésta es mi vida desde el punto de vista profesional, después está la parte más importante, que ya os he comentado: mi familia. Conocí a Paola cuando tenía veinte años, en una cervecería, era amiga de una amiga de una compañera mía del ISEF. Por lo general, las amigas de las amigas de mis compañeras del ISEF eran fideos insípidos y desgarbados. Paola, en cambio, cuando entró en el bar, refulgía como un marcador fluorescente y destacaba sobre todas las demás chicas. Era como si una marca amarilla le recorriese completamente la línea del cuerpo subrayándola como las cosas que no hay que olvidar. Como las frases que hay que aprenderse de memoria. Diez minutos más tarde ya la había invitado en plan ligón a presenciar un partido de waterpolo (en el que habría suplicado de rodillas a mi entrenador que me dejara jugar por lo menos diez minutos). En aquella época, yo todavía era profesional, y ella trabajaba en la pequeña pastelería de sus padres, algo que posteriormente ha contribuido de manera fundamental en la pérdida de mi peso ideal y de los abdominales. La especialidad de la casa eran y son los donuts fritos con azúcar. Perfumados, esponjosos, con sa-

bor a infancia. Es una tradición que existe desde hace treinta años o más. Oscar, el padre de Paola, sube la persiana a media altura a las dos de la madrugada, de modo que los zánganos y las sanguijuelas que pululan por el Trastevere pueden hincarles el diente a los donuts, aún calientes y untuosos. Ahora que su mujer ya no está, se ha quedado él solo en la pastelería con un ayudante cingalés que siempre se ríe, mientras que Paola se licenció en Filosofía y Letras y, después de pasar algún tiempo sin plaza fija, obtuvo una cátedra en un instituto de la rama de ciencias.

Tras un par de meses de historia de amor (todo el mundo sabe que los dos primeros meses son siempre los mejores), hice que Paola me dejara, con habilidad, como sólo los hombres saben hacer, para flirtear con una tal Monica, una mocetona marquesana que estudiaba Psicología y odiaba depilarse las axilas.

Perdí de vista a Paola durante ocho años. El amor es sólo una cuestión de sincronía, y nosotros en aquella época no estábamos sincronizados: ella deseaba tener una familia mientras que yo soñaba con aparearme con todas las mujeres en edad fértil del planeta, depiladas o no. Era difícil conciliar las dos exigencias.

Después, un día, el destino hizo que nos encontráramos de nuevo en la cola de un supermercado. En realidad, a causa de la transformación de «pelo largo rubio» a «casquete castaño», al principio ni siquiera la reconocí, y estuve hablando diez minutos con ella convencido de que se trataba de la nieta de una amiga de mi abuela. Aunque nunca se lo he dicho.

Enseguida la invité a cenar y desenvainé mi consumada técnica de leer las cartas. Os lo explicaré.

En la piazza Navona trabaja una anciana y legendaria cartomántica, la tía Lorenza. Tiene un mazo de cartas de tarot desgastadas, el pelo blanco recogido en un moño y mucha labia. No sabe ni jota del futuro, pero consigue liar a cualquiera, sobre todo si juega sucio. Yo siempre la utilizaba para impresionar a las chicas. La táctica era la siguiente (usadla tranquilamente, no tiene dere-

chos de autor): paseo romántico por la plaza más bonita de Roma, un rato de charla, y, mientras cruzamos por delante del puesto de la hechicera, yo, sin que se note, le tiro una hoja de papel arrugada como una pelota. Escritos en ella, mi cómplice encuentra todos los datos biográficos de la chica en cuestión, sus gustos y la poca información que ya conozco. En la siguiente vuelta a la plaza ya he introducido hábilmente el tema «paranormal», mostrándome escéptico si ella cree, y creyente si ella es escéptica. Arranca la fase dos del plan: la invito a que le echen las cartas, así, por reírnos. Ninguna mujer en el mundo lo rechaza. Y, entonces, la tía Lorenza puede exhibirse en una increíble reconstrucción de la vida presente, pasada y futura de la incrédula cliente. El pasado y el presente se lo he sugerido yo, el futuro no se puede comprobar, de modo que el efecto de «misterio» está garantizado, sobre todo cuando afirma: «El nombre del hombre de tu vida empieza por ele». Ele de Lucio. Si la chica-cobaya creía ya en la quinta dimensión, la noche se convierte en una experiencia fundamental de su vida espiritual; si, en cambio, era escéptica, ahora está en estado de *shock*. En ambos casos, yo me aprovecho de su confusión: el haber asistido juntos a un acontecimiento paranormal no puede más que unir nuestras almas y, por lo general, también nuestros cuerpos. No sé si alguna se llegó a dar cuenta del truco, pero puedo asegurarnos que funciona. A quienes me dicen que lo paranormal es una patraña tremenda, les contesto que es verdad, nadie puede predecir el futuro..., excepto yo cuando llevo a una mujer a la piazza Navona. En ese caso ya sé cómo acabará la cosa. Y Paola no fue la excepción. Pero, os lo juro, fue la última vez que utilicé ese truco. Aquella noche, acariciados por la brisa de poniente, nos dimos nuestro segundo primer beso. Nos comprometimos oficialmente, y no habían pasado ni tres meses que ya vivíamos juntos en un estudio frente a la isla Tiberina. Lo típico cuando vuelve a encenderse la llama. Aunque esta vez, por fin, sincronizados y enamorados.

Como ya os he dicho, nos casamos en una pequeña iglesia de la provincia de Milán, San Rocco Flagelado y Mártir, lo que obligó a todos los invitados romanos a hacer un pesado desplazamiento. Pero detrás de esa decisión había un motivo romántico. Unos cincuenta años antes, en la misma iglesia, se habían casado mis abuelos (por parte de madre), los gloriosos porteros Alfonsina y Michele. Tras la desaparición de mis padres (sí, desaparecieron, no en el sentido de que muriesen, sino eso, desaparecieron, pero no hagáis preguntas, ya os he dicho que quizá os hable de ello más tarde), los abuelos han sido toda mi familia.

Creo que Dios, el séptimo día, en vez de cogerse vacaciones, inventó a los abuelos. Y, cuando se dio cuenta de que se trataba de la más genial de sus creaciones, se tomó un día libre para pasarlo con ellos.

Viví con los abuelos casi quince años y nuestras cenas para tres con pavo empanado y puré, con la mozzarella haciendo hilos, son un recuerdo tan imborrable que, todavía hoy, si cierro los ojos, puedo sentir el olor a frito llegando desde la cocina y la voz lejana de la abuela gritando: «¡A la mesa, que se enfría!». Cuando paso por delante de la portería en la que trabajaban y vivían, siempre me parece verlos todavía allí: al abuelo con sus gafas, clasificando el correo, y a la abuela regando amorosamente sus geranios.

Alfonsina y Michele fueron mis testigos de boda y creo que se trató del día más bonito de su vida. Nunca he visto a unos abuelos de ochenta años llorar tanto de alegría. En un momento dado, el sacerdote, el padre Walter, un fideo con un marcado acento calabrés, hasta interrumpió la ceremonia para llamarles la atención. Todo el mundo se rio.

Hace unos años, mis abuelos se apagaron con pocas semanas de distancia. Murieron mientras dormían, *on/off*, sin molestar. No podían estar lejos el uno del otro. Vivieron justo el tiempo de conocer a mis dos hijos: Lorenzo y Eva.

No vale.

Los abuelos son como los superhéroes. No deberían morir nunca.

Unos meses después, cerré para siempre su vivienda de dos habitaciones junto a la garita de la portería y en el altillo encontré una maleta modelo emigrante. Dentro había fotos, muchas fotos. No las clásicas instantáneas de recuerdo de las vacaciones en la playa, cumpleaños de desconocidos y episodios varios. No. El abuelo había sacado a la abuela una fotografía cada día durante los últimos sesenta años. Todos los días. Sin saltarse ninguno, detrás de cada copia había una fecha distinta, fotos en blanco y negro y después poco a poco en color, Polaroid, hasta las últimas, hechas con una cámara digital. Todas sacadas en lugares distintos: en la portería, en la calle, en la playa, en la panadería, en el supermercado, delante de la Capilla Sixtina, en la piazza del Popolo, en la vieja noria del parque de atracciones del EUR, en San Pedro, allí donde el destino los había llevado en su larga vida. No podía dejar de mirarlas. Primero la abuela joven, después, poco a poco, con más arrugas en la expresión, el pelo más gris, los kilos en aumento; la sonrisa era lo único que no cambiaba nunca. No era el envejecimiento lo que más me impresionó, sino los fondos. Detrás de la abuela, Italia se iba transformando. Se veía la historia. Se entreveían desenfocados los símbolos y los personajes de cada época: el Fiat 1100 y el Citroën Tiburón; los melenudos, los pijos y los punks; los pósteres de los conciertos de Paul Anka, Charles Aznavour y Robbie Williams; las Lambrettas, las Vespas y las scooters; los muñecos Big Jim, las bicicletas Graziella y los cubos de Rubik; las cabinas telefónicas de la Sip, los taxis amarillos y las tiendas con los letreros pintados a mano. Un melancólico viaje en el tiempo. Qué gran invento, la fotografía. A propósito, el primer fotógrafo, casi nadie lo sabe, es francés y se llama Joseph Nicéphore Niépce, un genio absoluto del siglo XIX. Aunque también en este caso los primeros experimentos fueron del buen Leonardo da Vinci, el decatleta del *ars inventandi*. Incluso hay quien sostiene que la Sábana Santa es un experimento

de una rudimentaria placa fotográfica realizada por el hiperactivo toscano. Fascinante hipótesis.

Disculpad, estoy divagando un poco. Después de la muerte, los recuerdos se vuelven confusos, podéis creerme. Reordenemos las ideas.

Así pues: personajes.

Mi familia

Cinco de los protagonistas de mi vida ya han aparecido tímidamente en escena, o sea: mi mujer Paola, mi suegro Oscar, mis dos hijos, Lorenzo y Eva, y mi amigo Umberto, el veterinario goloso al que le falta una muela. A ellos añadiría a Corrado, otro amigo del alma, que trabaja como piloto en Alitalia, está pluridivorciado y es bastante previsible (el típico comandante fascinante que seduce a todas las azafatas).

Pero, por encima de todos, Paola. Paola. Paola.

Mi Paola.

Paola es guapísima. Para mí es guapísima. Para los demás es simpática. Es esa chica del pupitre de la tercera fila con los ojos avellana, trenzas y las caderas redondeadas que te ama mientras tú has puesto estúpidamente los ojos en la rubita coqueta de la primera fila. Ignorando que —y esto es una regla científica— las rubitas coquetas de la primera fila se enrollan con los repetidores del último curso. Pero nunca contigo, incluso cuando estás en el último curso y haces que te suspendan aposta para adquirir atractivo y posibilidades.

Paola es una Bridget Jones italiana. Alegre, irónica, afectuosa, con una 95 de sujetador. Una mujer tan rara como la nieve en las Maldivas. Le apasionan los libros, devora una novela tras otra con famélica curiosidad. En particular, su libro preferido es *El principito*, del que colecciona ediciones de cualquier formato y lengua.

Como ya os he comentado, es profesora en un instituto. Mejor dicho, es la Maradona de las profesoras. Enseña italiano, latín, historia y geografía, pero de una manera genial que ni a Leonardo da Vinci se le habría ocurrido esta vez.

Y no lo digo porque sea mi mujer. Es realmente una docente especial.

Me explicaré.

El trabajo más importante del mundo, es decir, el de profesor, aparte de estar mal pagado, también es el más monótono. Cada año el profesor de historia tiene que contar por enésima vez a sus alumnos quiénes fueron los fenicios y por qué estalló la segunda guerra mundial, el de matemáticas explica integrales y derivadas, el de latín enseña a declinar las palabras y a traducir las poesías de Horacio, y así sucesivamente los de las demás asignaturas. A veces los profesores se aburren y se cansan. Y eso los hace menos eficaces y empáticos. En dos palabras, menos buenos. Paola, muy consciente de esta limitación, se inventó un original método para vencer el aburrimiento que provoca repetirse constantemente: cada curso «interpreta» a un profesor distinto. Es decir, cada año elige unas características, una manera de vestir y de hablar y no se sale del papel hasta el final de las evaluaciones. Un curso puso en escena a la profesora solterona y antipática, otro a la deportista y amable, otro a la hiperactiva e inconstante, y otro a la frívola y caprichosa. Sus alumnos la ven cambiar año tras año y se lo pasan en grande. La profesora «actriz» es su ídolo absoluto, incluso cuando les asesta un deprimente cuatro en un examen. El director, en cambio, la envidia por la popularidad de que goza y no la mira con buenos ojos. Desde hace quince años, Paola prosigue impertérrita su personal espectáculo didáctico y siempre logra el resultado que todos los actores anhelan: la atención y el asentimiento de su platea (en este caso limitada a unas decenas de alumnos). Yo me río cuando la veo volver a casa en versión profesora sexy de las películas de los años setenta o como la señorita Rottenmeier. Ya os lo he

dicho, es un genio. Habría sido una actriz fantástica si no hubiera sentido la pasión por la enseñanza. Una pasión que nos une, aunque yo en realidad enseñe vaselinas y contraataques a mis chicos.

Es una mujer especial, pero eso no me impidió engañarla hace unos meses. Lo sé, os estabais encariñando un poco conmigo y os he decepcionado. ¿Qué puedo decir en mi defensa? Quizá os podría enseñar una foto de lo guapa que era la mujer con la que caí en la tentación. No, me temo que empeoraría mi posición. En resumen, chicos, es inútil seguir dándole vueltas, después de once años de matrimonio he caído en la típica trampa de la infidelidad. Lo siento, y os ruego que creáis que tengo algunos atenuantes. Pero vayamos por orden. Personajes.

Lorenzo y Eva. Mis hijos.

Lorenzo siempre va despeinado, cursa tercero de primaria y es el burro de la clase. Su maestra está desesperada y no hay día que no me repita el clásico de los clásicos: «Es inteligente, pero no se aplica». Y, como si no fuera suficiente, mi primogénito además es bastante indisciplinado. Paola dice que es culpa mía porque no estoy nunca, siempre ocupado con el gimnasio y el waterpolo, y suelo dejar que se salga con la suya. Pero la verdad es que el pequeño Lorenzo tiene otros intereses. No le importa nada saber que los egipcios utilizaban limo del Nilo para que el desierto fuera fértil o descubrir adónde porras han ido a parar los asirios o los babilonios, sino que dedica el tiempo a cultivar sus hobbies. Principalmente dos: tocar el piano y desmontar objetos electrónicos caros. Dos actividades más bien creativas. Y a veces molestas.

El piano de pared era de mis abuelos porteros, y en casa nunca nadie supo tocarlo, ni siquiera ellos. Quizá ellos también lo heredaron. Un día oí unos acordes casi armónicos procedentes del final del pasillo del piso de tres habitaciones en el que vivimos. Era Lorenzo aventurándose en sus primeros intentos de concertista

autodidacta. Hoy es capaz de tocar de oído cualquier canción de la radio. No estoy diciendo que tenga a Wolfgang Amadeus Mozart en casa, pero el pequeño músico promete.

El segundo hobby es más inquietante. En cuanto aprendió a utilizar sus manitas, Lorenzo empezó a desmontarlo y a diseccionarlo todo con la precisión de un especialista en anatomía patológica. Pero practica sus autopsias a corazón abierto en objetos que todavía funcionan. Desde el televisor hasta el lavaplatos, pasando por el motor del coche, el dispensador de aperitivos de la escuela, la batidora o el semáforo de debajo de casa. Tiene un verdadero interés por la mecánica y la electrónica. Y, si todo quedara en esto, su pasatiempo resultaría incluso divertido e instructivo; el problema es que no vuelve a montar nunca nada y allí por donde pasa deja una destrucción como la de Atila, transformando cada objeto en un mueble de Ikea sin instrucciones. En resumen, es evidente que el tiempo que le queda para estudiar es realmente poco. Mi mujer, como buena y diligente profesora, está muy preocupada. Yo no. Más bien me preocupa (digamos mejor que me duele) que Lorenzo todavía no haya aprendido a nadar, es más, que incluso le dé miedo el agua. Su línea de flotación es idéntica a la que tiene el *Titanic* en la actualidad. En cuanto se mete en el agua, sin necesidad de la ayuda de ningún iceberg, se va al fondo de manera natural. Lástima.

Eva, en cambio, tiene la cara llena de pecas, cursa primero de primaria y es el ojito derecho de todas las maestras. Es una ecologista en ciernes de armas tomar. Nos ha engatusado para criar animales en casa y ahora convivimos con un perro lobo cojo y bizco (al que para simplificar hemos llamado *Lupo*), un hámster blanco incontinente y mordedor (*Alice*) y al menos tres gatitos excallejeros y ociosos que hemos llamado como a los Aristogatos: *Bizet*, *Matisse* y *Minou*.

En casa, Eva es un huracán de palabras. Habla, habla, habla sin parar. Antes de llegar al grano de la cuestión llena el discurso de una serie de porqués y de cómo, de descripciones y circunstancias. Ni Perry Mason cuando está en apuros consigue producir tanto humo en el momento de hacer el alegato final. Estoy seguro de que de mayor será presentadora de televisión o política, lo que al fin y al cabo es el mismo oficio. Aplica su pasión ecologista a todo, nos obliga a reciclar con tanto fervor que nuestra cocina más bien parece una colección de cubos de basura, dividida por formas, materiales, olores y colores. Es muy mona, pero no se aprovecha de ello. Únicamente esgrime su sonrisa y los ojazos de color azul cielo estival para convencer al prójimo de que la apoye en su exagerado sentido del civismo. Cuando saluda dice «Miau» en vez de «Hola» o «Adiós», porque afirma que en su vida anterior era un gato.

De vez en cuando todavía se acuerda de que tiene seis años y medio y viene a acurrucarse encima de mí en el sofá delante de los dibujos animados de la tele. En ese momento, para mí el tiempo se ralentiza hasta pararse. Dicen que el amor por los hijos es el más genuino, por el que se franquean montañas y se escriben canciones. Es absolutamente cierto. Cuando Eva viene corriendo hacia mí, o cuando en las noches de tormenta se mete en nuestra cama, mi corazón sonrío, mis arrugas se distienden y mis músculos vuelven a tener veinte años.

Es la mejor de las medicinas.

Eva es el ojito derecho de otro protagonista de esta historia. El más voluminoso. Mi suegro Oscar.

Oscar no es difícil de imaginar: es idéntico a Aldo Fabrizi, el mismo físico redondeado, los mismos andares, incluso refunfuña y masculla de la misma manera. Su vida se divide en «antes del accidente» y «después del accidente». Hace diez años, su mujer, Vitto-

ría, la persona más callada y buena de todos los tiempos, murió atropellada por un pirata de la carretera mientras acompañaba a hacer pipí a su labrador bulímico, *Gianluca*.

Oscar nunca se ha perdonado no haber bajado él aquella noche, apoltronado delante de un partido de la selección, que encima perdió dos a cero contra Dinamarca, puntualiza siempre.

Desde entonces, mi suegro ha cambiado. Después de la conmoción de los primeros meses, se volvió más sociable, incluso empezó a leer novelas y, de ser un simple pastelero, se convirtió en un filósofo, un político y un predicador romano. Cada día se dirige con vehemencia a sus clientes como si fueran posibles electores: «Muchachos, yo tengo la solución para arreglar Italia, olvidaos de las monsergas de nuestros políticos. Dejad el poder en mis manos y ya veréis. La solución es facilísima: invadiremos San Marino y el Vaticano. Sin derramamiento de sangre; total, unos tienen cuatro guardias suizos que parecen figurines y los otros se dedican a coleccionar sellos... Tardaremos dos minutos, y pondremos la bandera italiana en la cúpula de San Pedro. Después le daremos al papa un papel de representante, crearemos un ministerio inútil para él, algo como el Ministerio de la Religión. Mientras tanto, requisaremos todas las maravillas que posee el Vaticano y daremos una parte en beneficencia al Tercer Mundo, y así quedaremos muy bien, y con el resto sanaremos las finanzas italianas. Y lo mismo con San Marino, lo convertiremos en una bonita multipropiedad y se la venderemos a los japoneses. La basílica de San Pedro la pondremos a subasta al mejor postor, ¿tú sabes qué pedazo de aparcamiento puede quedar? Después lo importante es no volver a estropear Italia otra vez. Por ejemplo, poniendo en la picota a los evasores de impuestos quedará todo arreglado, ¿no? Para mí, el problema número uno es el tráfico. La solución la tenemos delante de nuestros ojos: ¡asfaltamos el Tíber! ¿Qué hace falta? Una buena circunvalación interior. Por lo tanto, una rotonda alrededor de la isla Tiberina, y santas pascuas».

En la pastelería, todo el mundo se ríe. Y se marchan sin darse cuenta de que el bueno de Oscar, italiano medio purasangre, ha olvidado darles el ticket.

No puedo evitar enzarzarme con él, a pesar de que, cuando empieza a aventurar hipótesis sobre el sentido de la vida, me lo paso tan bien que me gustaría tenerlo como gurú personal. Estoy seguro de que un día lo estudiarán en los libros de texto y los estudiantes lo odiarán del mismo modo que a sus colegas Sócrates y Platón.

Su caballo de batalla es «la vida más allá de la vida». Tiene la teoría de que la realidad que conocemos no es más que la segunda vuelta de tiovivo de cada uno de nosotros en el mundo, lo que comúnmente se conoce como «infierno y paraíso». Los que han sido buenos en su vida anterior nacen en una familia de industriales, sanos, inteligentes y guapos. Los que han sido malos nacen feos, lisiados, tontos y pobres, o bien mueren jóvenes o se ponen enfermos. Una teoría que, por lo que dice, justificaría todas las injusticias del mundo; en resumen, quien es afortunado se lo ha merecido, y quien es desgraciado, también. Un concepto tomado prestado de la Epifanía, creo: si has sido bueno, los Reyes Magos te traen dulces; si has sido malo, carbón. Yo me divierto alimentando siempre la discusión y pinchándolo un poco:

—Entonces ¿no vale la pena hacer nada? ¿Ya está todo escrito?

Oscar sacude la cabeza y continúa friendo donuts. No conoce la respuesta, esboza dudas, plantea problemas, pero nunca da soluciones; como todos los filósofos, por otra parte.

—Al final, querido Lucio, el sentido de la vida es dar un bocado a un donut caliente.

Sonrío y le hincó el diente a uno. Como siempre, tiene razón.